

3a

CASA SALESIANA

Alta Gracia

Córdoba - Argentina

Alta Gracia, 29 de Junio de 1970.

A las 20,15 del viernes 19 de junio, llegaba a la Casa del Padre Celestial el alma del

Coadjutor
JUAN
LAGORIO

de 84 años.



En una de sus notas dejó esta constancia: "Trabajaré siempre por Dios, por su amor constantemente". Este fue el programa de toda su vida; así lo reveló su conducta de salesiano.

Había nacido en Benavide (Prov. de Buenos Aires) el 30 de julio de 1886. Sus padres fueron Juan Bautista y Rosa Corvetti, italianos de Génova, humildes trabajadores, pero adornados de una profunda y sentida fe.

Recibido como Hijo de María en 1903 en el colegio "Don Bosco" de San Nicolás de los Arroyos por el veterano misionero, Don Bortolomé Molinari, pasó al año siguiente al aspirantado de coadjutores en el Colegio "León XIII" de Buenos Aires, bajo los cuidados de su director, el inolvidable P. Luis Pedemonte. En 1907 estuvo en la escuela

agrícola de Uribelarrea para pasar luego a Bernal el año 1908 en calidad de novicio. Siempre recordó con cariño a sus compañeros de noviciado. Siete de ellos Hermanos coadjutores; con la particularidad de que tanto éstos como los clérigos, todos fueron fieles a sus compromisos religiosos salesianos. Recordamos a los Rdos. PP. Guillermo Gabrini, Francisco Barachini, Alfonso Tavani, José Miguens, León Gruslín y José Fanzolato; y a los coadjutores: Teresio Barbero, Antonio Liberato y Eliseo Malco. Todos ellos se destacaron en el desempeño de sus ministerios y diversos cargos con responsabilidad nada común. El 3 de octubre de 1916 se consagraba definitivamente a Dios con los votos perpetuos en el Santuario de María Auxiliadora de Rodeo del Medio.

No bien emitió los primeros votos en 1909, los superiores lo destinaron a la Casa de Rodeo del Medio. Fue uno de los primeros y firmes puntales en la formación de esa Escuela de Agricultura y Enología, destinada a ejercer una prestigiosa obra de orientación educativa e industrial no sólo en Argentina sino también en el extranjero. Allí permaneció como encargado de la sección vitivinicultura y profesor de materias afines hasta 1930.

El 1931 lo pasó en la casa de formación de Vignaud, de donde al año siguiente, juntamente con todo el plantel de estudiantes de Filosofía y de Teología, formó parte del personal fundador del Instituto Teológico Internacional "Clemente J. Villada y Cabrera", del cual hasta 1949 fue administrador de los campos adyacentes al Instituto. También como uno de los fundadores, estuvo en el Colegio "Don Bosco" de Eugenio Bustos desde 1949 a 1953, año en que, al iniciarse las actividades de la escuela agrotécnica de San Ambrosio, fue designado personal de la misma. Allí permaneció como experto en avicultura y apicultura hasta que los achaques de la edad aconsejaron su traslado a esta casa de salud, donde transcurrieron los últimos años de su piadosa existencia preparándose para el gran paso.

Don Juan —como cariñosamente se le decía— fue un excelente religioso. Podríamos llenar muchas bellas páginas ponderando sus virtudes. Lamentablemente no nos es lícito extendernos más allá de lo que permiten unos apuntes necrológicos.

Su vida espiritual se fundamentó en una profunda vida interior. Su fervor por escuchar y ayudar la Santa Misa, en las primeras horas del día, su puntualidad en las diversas prácticas de piedad y de

comunidad, eran proverbiales. En sus notas encuentro frases como éstas: "Haré todas las cosas por Dios sólo". "Procuraré estar unido a Dios en todas mis obras". Frases que en su simplicidad revelan el alma escondida con Cristo en Dios. Practicó silenciosamente en el trabajo la constante unión con Dios. Ya enfermo, cuando la arteriosclerosis había menguado las facultades y afloraba sin mayor control la manifestación de los hábitos adquiridos, brotaban de sus labios permanentemente, por horas seguidas, jaculatorias, oraciones, expresiones de sometimiento a la voluntad de Dios, el santo Rosario. Con preferencia invocaba al Corazón de Jesús, a María Auxiliadora y a "papá" Don Bosco". Cuando ya no le era posible llevar cuenta del día de la semana, ni si era de mañana o de tarde, bastaba decirle: "Don Juan, ¿desea recibir al Señor?, para que despertara de su letargo, se iluminara su rostro y diera señales inequívocas de entender lo que se proponía . . . y si alguna vez se fastidiaba de los achaques de la enfermedad, era suficiente para serenarlo recordarle: "Es la voluntad de Dios", para repetir de inmediato: "¡Lo que Dios quiera!"

Trabajó mucho, trabajó toda su vida, siempre.

Inmóvil en su silla de enfermo, preguntaba: "Y ¿ahora qué hago? Soy un peso para la casa porque no puedo hacer nada".

Meticuloso, multiplicaba el tiempo para llegar a todo. Era el hombre del deber. Se había habituado al trabajo desde niño, en su familia, y desde los 19 años, en que dejó su casa para seguir el llamado de Dios, tuvo un verdadero culto por el trabajo santificado y a la vez productivo. Ocupó puestos de responsabilidad e inspiró siempre confianza, de tal manera que en momentos difíciles los superiores no tuvieron dificultad en inscribir las propiedades de la Congregación a nombre de nuestro finado.

Fidelidad a Don Bosco; hombre sincero, sencillo, desprendido de todo; escrupuloso en el cumplimiento de su deber, de las Reglas, consideró siempre a Don Bosco como si fuera su padre y a la Congregación como su grande hogar. No le había sido posible profundizar las ciencias humanas, pero el amor a la Congregación lo indujo a una intensa auto-formación para habilitarse cada vez más en el desempeño de sus obligaciones; y así fue como adquirió vastos conocimientos técnicos sobre agricultura, granja, avicultura, apicultura y hacienda, de modo de llamar la atención a quien lo escuchaba.

Sencillo, humilde, sí; pero de armas tomar cuando se trataba del cumplimiento de sus obligaciones y de sacar a flote una empresa.

Entonces surgía serena pero enérgicamente su carácter decidido y emprendedor.

Podríamos extendernos en otras muchas consideraciones respecto a su larga actuación, a sus virtudes de cristiano y religioso nada comunes, como hombre consciente del valor y del alcance de su consagración a Dios y a la Congregación.

“Religioso ejemplar, fiel y responsable hasta el escrúpulo en sus obligaciones; trabajador abnegado e incansable, humilde y modesto en sus actuaciones y éxitos, profundamente espiritual”; tal sería en apretada síntesis la fisonomía espiritual de Don Juan Lagorio.

“Su reciedumbre, que pudo parecer excesiva, nacía de su temperamento y de su alma sencilla y recta, reacia a las medias tintas y a los compromisos; siempre en tensión hacia Dios”.

Mientras recordamos esta hermosa figura de salesiano y sus innumerables benemerecencias, no alidemos de pedir a Dios para que nunca falten hombres de este temple en nuestra Congregación; por otra parte, recordando la fragilidad humana, sigamos rogando a Dios por su alma.

Agradeceré también un “memento” por esta comunidad y por quien se profesa vuestro afmo. en S. J. B.

Sac. CRISTOBAL BRISSIO
Director